



## Tabaquería

Álvaro de Campos

No soy nada.  
Nunca seré nada.  
No puedo querer ser nada.  
Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo.  
Ventanas de mi cuarto,  
De mi cuarto de uno de los millones en el mundo que nadie sabe quién es  
(Y si supiesen quién es, ¿qué sabrían?)  
Dan al misterio de una calle cruzada constantemente por gente,  
A una calle inaccessible a todos los pensamientos,  
Real, imposiblemente real, cierta, desconocidamente cierta,  
Con el misterio de las cosas por debajo de las piedras y de los seres,  
Con la muerte que pone humedad en las paredes y canas en los hombres,  
Con el Destino que conduce la carroza de todo por la ruta de nada.  
Estoy vencido hoy, como si supiese la verdad.  
Estoy lúcido hoy, como si estuviese por morir.  
Y no tuviese más hermandad con las cosas  
Que una despedida, volviéndose esta casa y este lado de la calle  
La hilera de vagones de un tren, y una partida silbada  
De dentro de mi cabeza,  
Y un sacudón de mis nervios y un crujir de huesos en la salida.  
Estoy perplejo hoy, como quien pensó y halló y olvidó.  
Estoy dividido hoy entre la lealtad que debo  
A la Tabaquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,  
Y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.  
Fallé en todo.  
Como no me fijé propósito alguno, tal vez todo fuese nada.

Del aprendizaje que me dieron,  
Me apeé por la ventana del fondo de casa,  
Fui hasta el campo con grandes propósitos.  
Pero sólo encontré allí hierbas y árboles,  
Y cuando había gente era igual a la otra.  
Dejo la ventana, me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?  
¿Qué se yo de lo que seré, yo que no sé quién soy?  
¿Ser lo que pienso? ¡Pero pienso ser tanta cosa!  
¡Y hay tantos que piensan ser la misma cosa, que no puede haber tantos!  
¿Genio? En este momento  
Cien mil cerebros se conciben en sueños genios como yo,  
Y la historia no señalará, ¿quién sabe? Ni uno,  
Ni quedará más que estiércol de tantas conquistas futuras.  
No, no creo en mí.  
¡En todos los manicomios hay locos con tantas certezas!  
Yo, que no tengo ninguna certeza, soy más cierto o menos cierto?  
No, ni en mí...  
¿En cuántas buhardillas y no-buhardillas del mundo  
No hay en este momento genios-para-sí-mismos soñando?  
¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas -  
Sí, verdaderamente altas y nobles y lúcidas -,  
Y quién sabe si realizables,  
Nunca verán la luz del sol real ni encontrarán los oídos de nadie?  
El mundo es para quien nace para conquistarlo  
Y no para quien sueña que puede conquistarlo, aunque tenga razón.  
He soñado más que Napoleón.  
He abrazado a un pecho hipotético más humanidades que Cristo,  
He hecho en secreto filosofías que ningún Kant escribió.  
Pero soy, y tal vez seré siempre, el de la buhardilla,  
Aunque no viva en ella;  
Seré siempre el que no nació para eso;  
Seré siempre sólo el que tenía condiciones;  
Seré siempre el que esperó que le abriesen la puerta al pie de una pared sin puerta  
Y cantó la cantiga del Infinito en un gallinero,  
Y oyó la voz de Dios en un pozo ciego.  
¿Crear en mí? No, ni en nada.  
Que me derrame la Natureza sobre la cabeza ardiente  
Su sol, su lluvia, el viento que me descubre el cabello,  
Y el resto que venga si viene o tiene que venir, o no venga.  
Esclavos cardíacos de las estrellas,  
Conquistamos el mundo entero antes de levantarnos de la cama;  
Pero nos despertamos y es opaco,  
Nos levantamos y es ajeno,  
Salimos de casa y es la tierra entera,  
Más el sistema solar y la Via Láctea y lo Indefinido.  
(¡Come chocolates, niña;  
Come chocolates!  
Mira que no hay más metafísica en el mundo que los chocolates.  
Mira que todas las religiones no enseñan más que la confitería.  
¡Come, niña sucia, come!

¡Si yo pudiese comer chocolates con la misma verdad con que comes!  
Pero yo pienso, y al quitar el papel de plata, que es de hojas de estaño,  
Tiro todo al piso, como tiré la vida.)  
Pero al menos queda de la amargura de lo que nunca seré  
La caligrafía rápida de estos versos,  
Pórtico partido hacia lo Imposible.  
Pero al menos me dedico un desprecio sin lágrimas,  
Noble al menos en el amplio gesto con que lanzo  
La ropa sucia que soy, sin lista, hacia el transcurrir de las cosas,  
Y me quedo en casa sin camisa.  
(Tú, que consuelas, que no existes y por eso consuelas,  
O diosa griega, concebida como estatua viviente,  
O patricia romana, imposiblemente noble y nefasta,  
O princesa de trovadores, gentilísima y colorida,  
O marquesa del siglo dieciocho, escotada y distante,  
O célebre cocotte del tiempo de nuestros padres,  
O no sé qué moderno – no concibo bien qué-,  
¡Todo eso, sea lo que fuere que seas, si puede inspirar, que inspire!  
Mi corazón es un balde vacío.  
Como invocan espíritus los que invocan espíritus me invoco  
A mí mismo y no encuentro nada.  
Llego a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta.  
Veo las tiendas, veo las veredas, veo los coches que pasan,  
Veo los seres vivos vestidos que se cruzan,  
Veo los perros que también existen,  
Y todo esto me pesa como una condena al destierro,  
Y todo esto es extranjero, como todo.)  
Viví, estudié, amé, y hasta creí,  
Y hoy no hay mendigo al que no envidie sólo por no ser yo.  
Miro en cada uno los andrajos y las llagas y la mentira,  
Y pienso: tal vez nunca vivieras ni estudiaras ni amaras ni creyeras  
(Porque es posible hacer lo real de todo eso sin hacer nada de eso);  
Tal vez hayas existido apenas, como un lagarto a quien cortan la cola  
Y que es cola más acá del lagarto agitadamente.  
Hice de mí lo que no supe,  
Y lo que podía hacer de mí no lo hice.  
El disfraz que vestí era incorrecto.  
Pronto me tomaron por quien no era y no lo desmentí, y me perdí.  
Cuando quise quitarme la máscara,  
Estaba pegada a la cara.  
Cuando me la quité y me miré al espejo.  
Ya había envejecido.  
Estaba borracho, ya no sabía vestir el disfraz que no me había quitado.  
Tiré lejos la máscara y dormí en el vestuario  
Como un perro tolerado por la gerencia  
Por ser inofensivo  
Y voy a escribir esta historia para probar que soy sublime.  
Esencia musical de mis versos inútiles,  
Quién me concediera encontrarte como algo que yo hiciese,  
Y no quedase siempre frente a la Tabacquería de enfrente,

Calzando la conciencia de estar existiendo,  
Como una alfombra con la que un borracho tropieza  
O un felpudo que los gitanos robaron y no valía nada.  
Pero el dueño de la Tabaquería salió a la puerta y se quedó en la puerta.  
Lo miro con la incomodidad de la cabeza mal girada  
Y con la incomodidad del alma mal-entendiendo.  
Él morirá y yo moriré.  
Él dejará el letrero, y yo dejaré versos.  
A cierta altura morirá el letrero también, y los versos también.  
Después de un tiempo morirá la calle donde estuvo el letrero,  
Y la lengua en que fueran escritos los versos.  
Morirá después el planeta girante en que todo esto ocurrió.  
En otros satélites de otros sistemas cualquier cosa como gente  
Continuará haciendo cosas como versos y viviendo debajo de cosas como letreros,  
Siempre una cosa frente a la otra,  
Siempre una cosa tan inútil como la otra,  
Siempre lo imposible tan estúpido como lo real,  
Siempre el misterio del fondo tan cierto como el sueño de misterio de la superficie,  
Siempre esto o siempre lo otro o ni lo uno ni lo otro.  
Pero un hombre entró en la Tabaquería (¿a comprar tabaco?),  
Y la realidad plausible cae de repente sobre mí.  
Me endezco a medias, enérgico, convencido, humano,  
Y voy a intentar escribir estos versos en los que digo lo contrario.  
Enciendo un cigarro al pensar en escribirlos  
Y saboreo en el cigarro la liberación de todos los pensamientos.  
Sigo el humo como una ruta propia,  
Y disfruto, en un momento sensible y adecuado,  
La liberación de todas las especulaciones  
Y la conciencia de que la metafísica es una consecuencia de estar malhumorado.  
Después me echo hacia atrás en la silla  
Y sigo fumando.  
Mientras el Destino me lo conceda, seguiré fumando.  
(Si me casara con la hija de mi lavandera  
Tal vez sería feliz.)  
Visto esto, me levanto de la silla. Voy a la ventana.  
El hombre salió de la Tabaquería (¿guardando el cambio en el bolsillo del pantalón?).  
Ah, lo conozco: es el Esteves sin metafísica.  
(El dueño de la Tabaquería salió a la puerta.)  
Como por un instinto divino el Esteves giró y me vio.  
Me hizo adiós, le grité ¡Adiós Esteves!, y el universo  
Se me reconstruyó sin ideal ni esperanza, y el dueño de la Tabaquería sonrió.

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

